

La literatura de viajes carga todo tipo de maletas

Buen viento

Ángela Escallón Emiliani

El Navegante Editores, Bogotá, 2002, 126 págs., il.

Viaje a Europa

Ángel Cuervo

Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 2001, 178 págs., il.

Estos dos textos, escritos con más de cien años de intervalo, tienen algo en común: ambos son registros de las experiencias de viaje de colombianos en el extranjero.

Comencemos por enunciar lo que los lectores esperamos de un relato de viaje: que nos transporte al lugar y al tiempo que describe, que nos contagie su mirada y nos lleve en su viaje, que nos dé razón del paisaje, las gentes y costumbres, las satisfacciones y las desilusiones. Un buen relato de viaje nos lleva de la mano del viajero, trátase de lugares conocidos o no, de tiempos pasados o presentes, y logra siempre mostrarnos otra cara, incluso de lo que ya conocemos.

Un libro de viajero no es una guía turística, y uno no busca en él los itinerarios, las paradas recomendadas, las posadas y restaurantes. Debe estar marcado por una experiencia personal, aquella que es capaz de producirnos antojos y de lograr que nos interese por los lugares visitados y su historia.

El auge de la literatura de viajes en Colombia se dio en el siglo XIX, cuando extranjeros y nacionales, entusiasmados por el viaje pionero de Humboldt, decidieron aventurarse a narrar las experiencias fruto de sus travesías. Mollien, Boussingault, Hamilton, Holton y tantos otros extranjeros nos describieron un mismo país, que siempre resulta ser muchos países. También los colombianos, que comenzaban a viajar fuera de nuestro territorio, se arriesgaron a publicar sus experiencias en el extranjero.

Los libros de viaje se han hecho hoy cada vez más raros, pues la imagen ha sustituido la narración escrita y la abrumadora presencia de lugares remotos en *Discovery Channel* nos ha familiarizado con todo el mundo. Ya el relato escrito no ofrece el deslumbramiento de lo exótico e inesperado y difícilmente muestra algo nuevo. Sólo algunos lugares desconocidos, usualmente sitios remotos y de reservas naturales, permiten a viajeros como Andrés Hurtado combinar la fotografía con el relato de viaje.

Muy pocos colombianos publican sus narraciones de viaje en el exterior. Uno de estos casos es Ángela Escallón Emiliani, cuyo libro *Buen viento* es el testimonio de un viaje por los países del Asia, y el primer trabajo literario de una autora que había escrito antes un libro sobre la prevención de la drogadicción y una tesis sobre la producción de documentales.

La primera visión del libro es cautivante, por la evidente calidad editorial. Son 127 páginas, impresas con letra clara y sobre buen papel, con una diagramación impecable. El texto está acompañado por una serie de ilustraciones de Luis Luna que invitan al lector a un viaje paralelo.

El contenido del libro no se puede describir con la misma seguridad ni produce satisfacciones similares a los detalles editoriales llenos de gracia. El relato comienza cuando la autora concibe el viaje y nos mete luego en las maletas, las despedidas y el primer avión en Bogotá, para llevarnos a Nepal, China, Camboya, India, Myanmar e Italia.

Las dificultades provienen en buena parte de la inseguridad del ritmo de la escritura. El texto oscila entre pasajes bien logrados que describen algún punto del recorrido o un lugar visitado e intromisiones "filosóficas" o "poéticas" que terminan por desconcertar al lector, pues surgen en los momentos más inesperados y siempre parecen pretenciosas. Cuando la autora narra su historia, sin estas consideraciones trascendentales, logra contagiar al

lector con la fascinación de costumbres, ritos olvidados y detalles simples: a los nepaleses les caben quince números al contar, porque usan las falanges, falanginas y falangetas, o en China, los invitados a cenar llegan acompañados por jaulas llenas de pajaritos.

Pero la historia se interrumpe a cada paso. El lector va en su viaje: "Los desiertos son espacios abiertos, inhabitados, legendarios. Sus condiciones son tan duras que muy pocos seres humanos se atreven a desafiarlos. Especies como los camellos, capaces de sobrevivir sin agua un gran número de días y de caminar miles de kilómetros sin detenerse, tampoco abundan". Un párrafo después interviene la filosofía: "Descubro fascinada que lo estéril no es lo vacío y que la estética también se alimenta de lo poco. Uno siente la grandeza de la naturaleza y la pequeñez del hombre...".

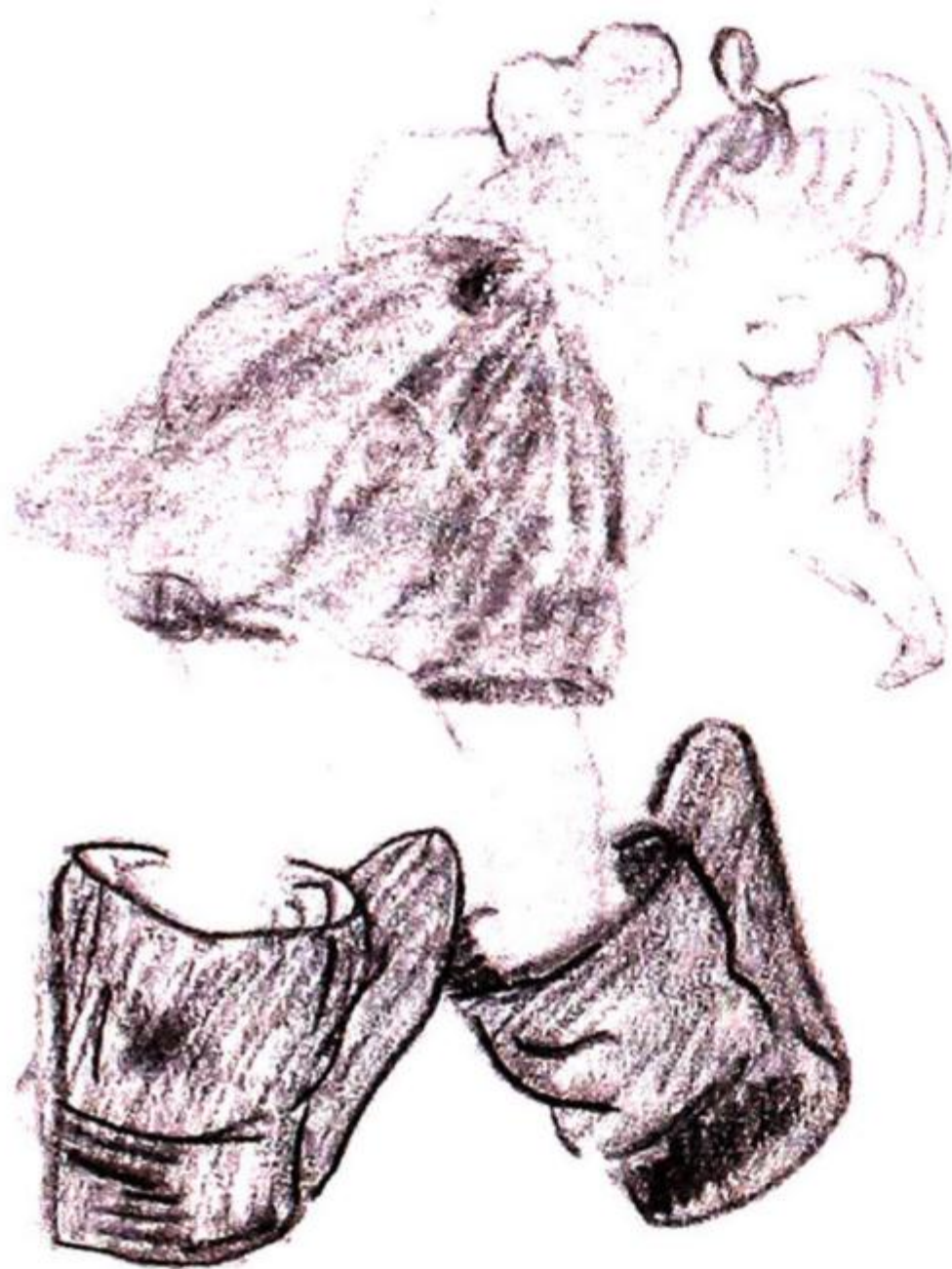
En todo el texto pasa lo mismo: aparecen descripciones que invitan a viajar: "En la calle también hacen masajes, cortan el pelo y afeitan. Basta con una bicicleta que soporta un espejo, una butaca pequeña e incómoda y una bata blanca para que todos los habitantes reconozcan qué servicio se ofrece y acudan a usarlo. Aun en invierno, cuando las temperaturas bajan considerablemente, estos hombres y mujeres siguen atendiendo en la calle a su masiva clientela". Y más tarde frases rebuscadas, incompatibles con el relato: "Necesito palabras vivaces, cómplices, para expresar toda la emoción y el color de este viaje. Verbos ágiles y activos que conjuguen sus acciones y nos lleven de la mano a los hechos que he vivido, que recuerdo o que añoro".

CRISPITA OIA LER A SE HA...
MAYO, EL INTERRIDIS CHUMETH...



Es un primer texto literario, y tiene calidades suficientes para pensar que, si la autora se vuelve más espontánea, más honesta, menos ansiosa, su escritura se afine y decante. Por ahora, hay que celebrar que aún se escriban relatos de viaje y que se publiquen en ediciones tan cuidadas.

El segundo viajero es Ángel Cuervo, hermano de Rufino José Cuervo, parentesco que parece ameritar que el Instituto Caro y Cuervo publique esta obra en su colección La Granada Entreabierto. El texto está presentado por Mario Germán Romero, y las transcripciones y notas estuvieron a cargo de Gloria María Ibarra Mesa.



Recordemos quién fue Ángel Cuervo: nació en Bogotá en 1838, estudio comercio hasta que empezó la revolución de 1860, año en que ingresó al ejército para defender la legitimidad conservadora. Su experiencia en la guerra fue recogida en una descripción ágil y llena de ironía de nuestras guerras civiles: *Cómo se evapora un ejército*. Al terminar su actividad militar explota una salina propiedad de la familia y, en sus ratos libres, escribe cuadros de costumbres y un poema humorístico dedicado al arequipe, *La dulzada* (1867). Tiempo después decide montar, en compañía de su hermano Rufino, una fábrica de cerveza. El negocio adquiere prestigio y prosperidad, así que los hermanos viajan a la Exposición Nacional de París en 1878. Allí tratan

de ponerse al día en los avances de la industria y la técnica para mejorar la Cerveza Cuervo. Pero en 1882 venden la fábrica y con el dinero obtenido se radican definitivamente en Francia. Rufino aprovechó sus años en Europa para desarrollar sus ambiciosos estudios lingüísticos y filológicos, mientras Ángel colaboraba con la revista *Europa y América* y servía de corresponsal a algunas publicaciones bogotanas. Sus aficiones literarias son persistentes: en París publica varias novelas, como *Curiosidades de la vida americana en París* (1893), *Jamás* (1892) y *Dick* (1895).

Ángel Cuervo envía desde Europa una serie de obras para el Museo Nacional y el Museo de Arte Colonial, entre ellas el primer icono ruso que llegó a Colombia, un cuadro de Arturo Michelena y algunas obras europeas. Muere en París el 24 de abril de 1896.

El texto que nos ocupa es la transcripción de dos libretas de apuntes que llevó don Ángel en su viaje de 1878. Allí consignaba anotaciones secas acerca del itinerario que seguía, los hoteles donde se hospedaba, los precios que pagaba y escuetas impresiones o comentarios sobre los lugares que visitaba. Son sobre todo apuntes logísticos y prácticos, sin ninguna intención de publicación, que si acaso serían apoyo o ayuda de memoria para un relato posterior que nunca se elaboró.

El lector aprende que Cuervo sale de Bogotá, llega a Europa y hace un maratónico recorrido por varios países, pero queda sin impresión alguna sobre el viaje:

[...] *Lieja es fabril. 120.000 habitantes. Tranvías buenos y uno de vapor. Buenos bulevares y estatuas (Carlo Magno). En la plaza grandes repollos morados y bellas flores. La iglesia de Santiago es semigótica, ancha y clara, seis arbustos en barriles en el altar mayor [...]*

Este es el tono que el lector encontrará a lo largo del texto. No hay ninguna página que se pueda disfrutar, no hay manera de subirse al tren

con Cuervo. En realidad, no estamos ante un libro de viajes, no hay nada escrito: apenas el esqueleto taquigráfico de un posible relato.



Lo que no escribió Cuervo está reemplazado por casi trescientas notas de pie de página, para contextualizar al lector: Cuando Cuervo menciona haber visto un río, artista, ciudad, personaje o lugar, aparece una nota de pie de página que nos aclara, en tres líneas, quienes eran Erasmo de Rotterdam, Napoleón o Mozart. Estas notas, que son más extensas que el texto, parecen llevar a un extremo posmoderno la intertextualidad, la glosa, el comentario del comentario del que se quejaba George Steiner.

Resulta difícil justificar los ingentes esfuerzos que debieron hacerse para transcribir las dos libretas, que, de acuerdo con una de las imágenes que acompaña al libro, tenían una caligrafía difícil. Como material primario, habrían sido útiles tal vez para un artículo en el que se tratara de aclarar en qué cambió este viaje a su autor, si le sirvió para mejorar sus cervezas o en que medida la experiencia europea transformó sus opiniones y nutrió esos escritos que hacía para la prensa colombiana y extranjera. Algo sabemos del impacto de otros viajes parecidos, sobre todo después del serio libro de investigación que publicó recientemente Frédéric Martínez, *El nacionalismo cosmopolita*. Allí se hacen las preguntas pertinentes: hasta dónde la referencia europea apoyó la

construcción nacional en Colombia, 1845-1900; qué fueron a hacer los colombianos a Europa durante el siglo XIX; qué ideas, razones o fantasías motivaban sus viajes y cómo la experiencia europea influía en su pensamiento político, en su valoración de Colombia y de sí mismos.

Pero este texto no permite una lectura agradable, y lo que ofrecen las notas es un montaje externo, que nos enseña muchas cosas pero no nos hace más interesantes o esclarecedoras estas páginas secas. Los valores familiares no parecen un buen criterio editorial, y no puede pensarse que todo texto del siglo XIX merece transformarse, de documento útil para algunos investigadores, en un libro impreso.

KATHERINE RÍOS

¿No sería mejor hacer bachilleres a los soldados que soldados a los bachilleres?

Vida, obra y época del ciudadano-soldado

José de los Santos Gutiérrez Prieto

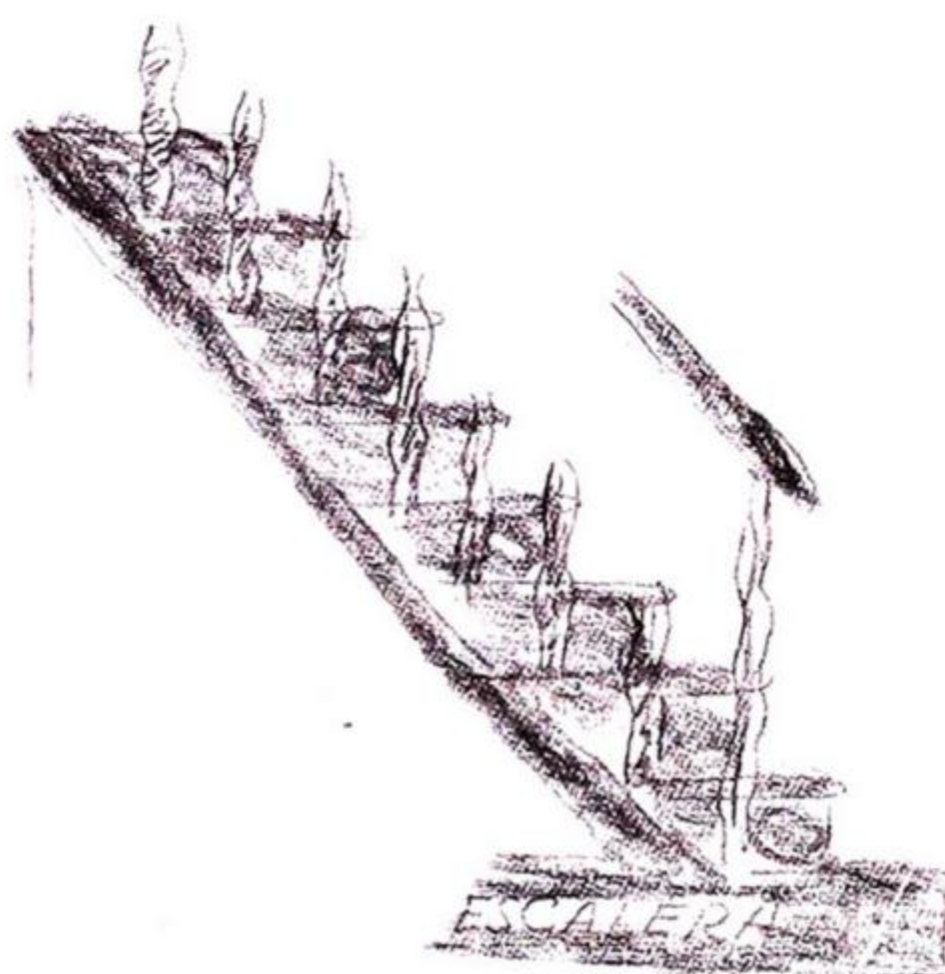
Mayor general (r) José Roberto Ibáñez Sánchez

Imprenta y Publicaciones de las Fuerzas Militares, Bogotá, 2000, 322 págs.

Tras la lectura de unas cuantas páginas de este poco feliz libro, una de las pocas cosas que perviven en la memoria es un arranque de ira santa. Ignoro quién sea el culpable, pero esta edición, oficial, termina siendo un autoinsulto a las fuerzas militares, a Colombia, a la historia, a América, y casi se diría que a la raza humana, si tuviera mayores pretensiones...

No pocas son las reflexiones que despierta, no tanto este libro sino el deplorable nivel cultural de algunos colombianos, entre ellos buena parte de los militares. Y no merecería

ello reprobación sino lástima y —mejor aún— ayuda, si es que no pretendieran —otra vez el vicio nacional de creer que el que es bueno para algo puede meterse a hacer lo que quiera— jugar al más alto nivel, al nivel de ese “elevado contexto intelectual dentro del perfil castrense”, esa “espinosa dorsal del pensamiento militar” que pretende el general Valencia Tovar en la ilusa e ingenua presentación de un libro que probablemente no leyó o que leyó solamente en pruebas.



Necesitamos con urgencia a alguien que les enseñe a los militares, sean escritores, historiadores o editores, que no se escribe “soldado raso”, ni “obsecado”, y que no hay pueblos “florescipientes”, ni “conscientizados”, o que el giro “lo más posible” es incorrecto, puesto que las cosas son posibles o imposibles, o más o menos probables; necesitamos que alguien les arrebatte el “sociego”, y que las academias no se reúnan en una “ceción” (tal vez la que aquí aparece es del verbo *ceder*), por no hablar del tono “verdaseo” de los “patisales” del Cocuy...

Se dirá que no es el autor el culpable sino el editor, pero creo que hay ciertas responsabilidades que no se pueden delegar. Si el autor es el que ignora las más elementales normas de la ortografía y de la redacción y es miembro de número de la Academia Colombiana de Historia, le damos el beneficio de la duda, aunque “casos se han visto” que invitan a los amantes de la historia a proponerse como una de las metas

de su vida la de tratar de “no llegar a ser”, jamás, miembros de semejantes recintos de la mediocridad.

Y si no es culpa del autor, entonces el que debe recibir el agua sucia es el editor de las Fuerzas Militares, pero, en cualquier caso, este libro muestra que algo anda bastante mal dentro de un cuerpo castrense que hoy por hoy es nuestra única defensa contra los que están acabando con Colombia; sabemos que hay una guerra y que los militares están poniendo el cuerpo por nosotros, y los apoyamos con todas nuestras fuerzas; también sabemos que no hay con qué comprar las botas de los soldados, y lo deploramos; sabemos que en algunos casos se violan los derechos humanos y ése es un problema que para solucionarlo debe comenzarse por la enseñanza a leer y a escribir, que por lo demás es un derecho mínimo de todo colombiano, y es del interés de todos que mejoremos como seres humanos.

Y, entre tanto, lo más espeluznante es que con la mayor tranquilidad, teniendo herramientas para evitarlo, se desperdicien para el ejército los que algo saben. Y todo esto sucede, me digo, pudiendo ser de otro modo muy distinto. Es casi increíble que la mentalidad nuestra considere que es bueno “degradar” a los bachilleres metiéndolos al monte o como choferes, en el mejor de los casos, en lugar de servirse de ellos para “elevar” el nivel cultural del ejército. Cuando se observa ese absurdo servicio militar que prestan los bachilleres, me pregunto si no sería mejor hacer bachilleres a los soldados que soldados a los bachilleres.

